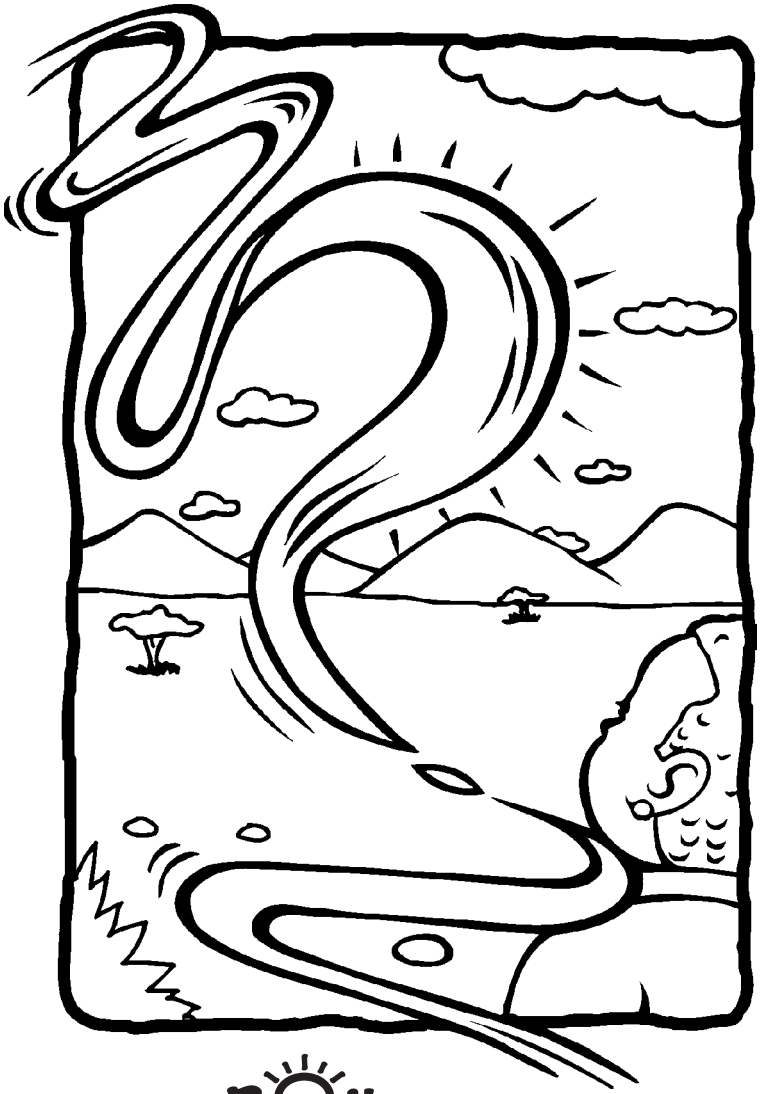
El viento misterioso

Un libro de lectura de Reading A–Z, Nivel N

Número de palabras: 885



Reading a-z

www.readinga-z.com

LECTURA • N

El viento misterioso

Escrito por Cheryl Ryan • Ilustrado por Hugh Armstrong

www.readinga-z.com

El viento misterioso

Escrito por Cheryl Ryan
Ilustrado por Hugh Armstrong

www.readinga-z.com

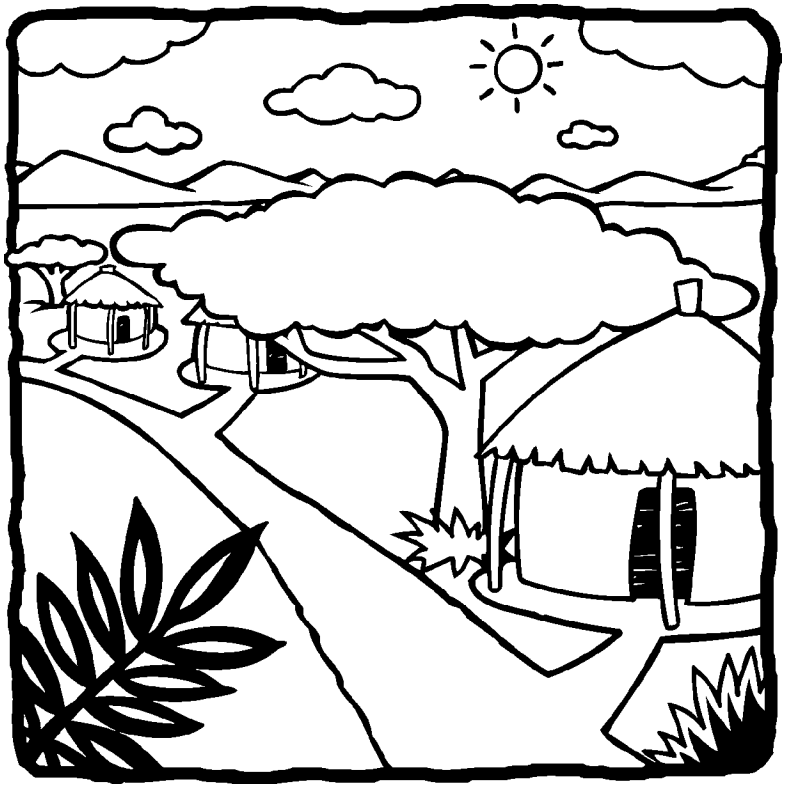
El viento misterioso
(The Mystery Wind)
Libro de lectura Nivel N
© 2002 Learning Page, Inc.
Escrito por Cheryl Ryan
Ilustrado por Hugh Armstrong
Traducido por Lidia Strong

ReadingA–Z™
© Learning Page, Inc.

Todos los derechos reservados.

Learning Page
1630 E. River Road #121
Tucson, AZ 85718

www.readinga-z.com



La tierra de los pobres

La gente de Togo era muy pobre. Trabajaban duro para tener qué comer y trabajaban duro para tener qué vestir. Sus techos goteaban y los fríos vientos soplaban a través de las paredes frágiles de sus casas.

Una joven aldeana trataba de ayudar. Su nombre era Taba. Hacía lo que podía para mejorar las cosas, pero era solamente una persona. Y aunque sus obras eran buenas, nunca eran suficientes.

—Si al menos yo pudiera hacer más para ayudar a mi pueblo —dijo ella—, yo sería la niña más feliz del mundo.

Un día Taba estaba cuidando a las cabras a lo alto de la colina cerca de la aldea. Un viento repentino pasó silbando por el valle.

Un viento que habla

El viento dio vueltas alrededor de Taba. Era un viento cálido y se sentía agradable contra su piel. Entonces el viento empezó a hablarle en tonos muy bajos.

—Taba —murmuró—, he venido a conceder tus deseos. Por semanas he soplado muy alto sobre el campo y he observado mientras tú ayudas a tu gente. Yo sé cómo te sientes y yo sé que tú quieres hacer más. Yo te puedo ayudar.

Taba se sorprendió y se asustó un poco. Ella oía y sentía la presencia del viento. Pero no veía nada. ¿Era su imaginación? ¿Estaba perdiendo la razón?

—¿Quién eres? —preguntó Taba con ojos que reflejaban el miedo que sentía.

—No tengas miedo —dijo el viento—.
Yo no soy el viento malvado del Oeste.
No soy el viento maleficente del Este.
No soy el viento taimado del Sur. Ni
soy el viento cruel del Norte. Por lo
contrario, soy el Viento manso de la
Caridad. Estoy aquí para conceder tus
deseos y tengo el poder de darte lo que
tú quieres.

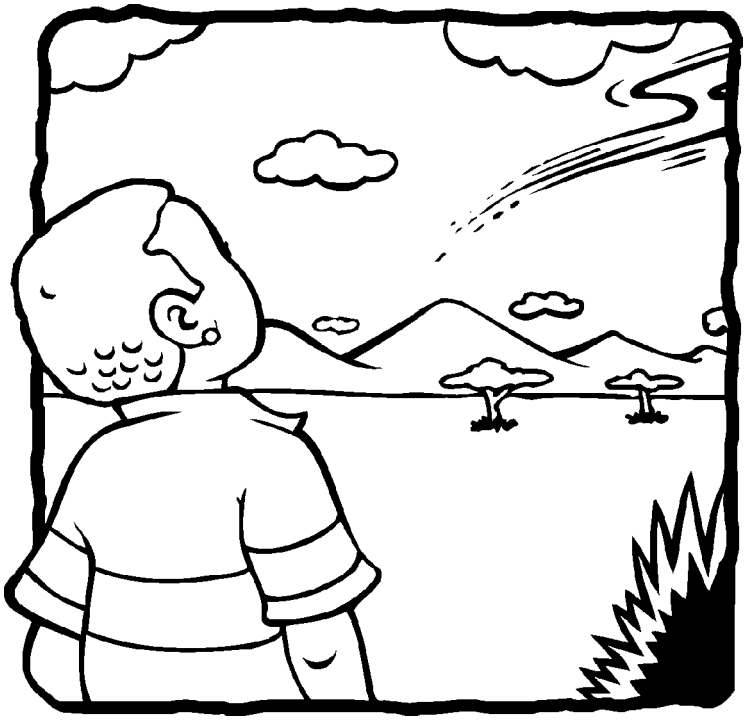
Taba no podía creer lo que escuchaba.
¿Un viento que hablaba?
"¡Qué ridículo!", pensó ella.
Pero ¿qué si fuera verdad?
"¿Qué si puede conceder mis deseos y
ayudar a mi gente? ¿Qué puedo perder
con pedir uno o dos deseos?".

Taba pide un deseo

Así que Taba se detuvo un momento. Se sentó y pensó mientras el viento giraba a su alrededor. La cálida brisa rozó contra ella. Le hizo cosquillas y la hizo soltar una risita, y la risa la hizo sentirse más tranquila.

Entonces Taba se paró y habló:

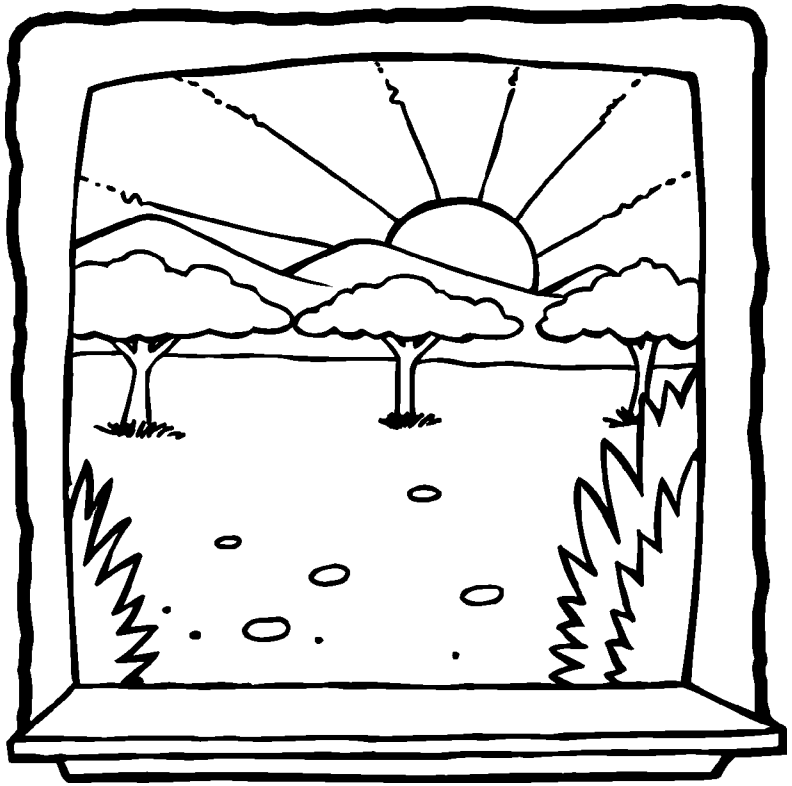
—Oh, Viento manso y bondadoso de la Caridad, espero que seas de verdad. Espero que no estés solamente en mi imaginación. Éste es mi deseo. Deseo que haya cosechas para alimentar a mi gente. Y deseo que haya lluvias tibias que ayuden a las plantas a crecer y que traigan agua a las aldeas.



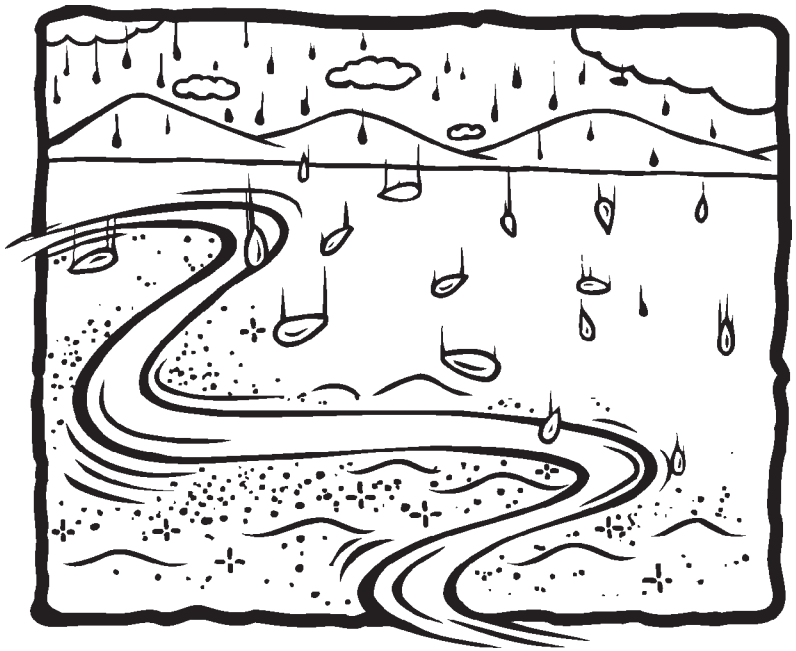
—Esos son dos deseos —dijo el viento—. Volveré dentro de un día para conceder tu primer deseo. Entonces concederé tu segundo deseo al siguiente día.

Con eso, el viento se fue y las colinas se quedaron en silencio de nuevo. Taba se sentó y se preguntó si el viento regresaría como había dicho que lo haría.

Cuando el día terminó Taba guió a las cabras de vuelta a la aldea. Tenía miedo de contarle a alguien del manso Viento de la Caridad, porque podía ser que pensaran que ella había perdido la razón.

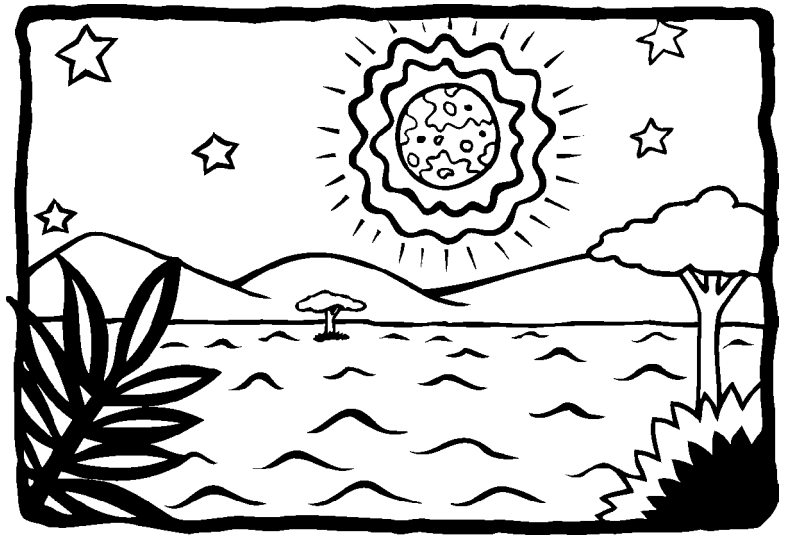


Esa noche Taba dio vueltas en la cama y le fue difícil dormir. Quería empujar a la noche para que se convirtiera en la mañana. Taba estaba encantada cuando vio al sol de la mañana subir detrás de los árboles en el Este. Ansiaba descubrir si el viento le concedería su primer deseo.



El deseo de Taba se vuelve realidad

La mañana pasó y nada cambió. Taba empezó a preguntarse si había sido solamente un sueño. Pero a primeras horas de la tarde el polvo empezó a revolotear y el cielo se puso oscuro. En menos de una hora empezaron a llover semillas del cielo. Cayeron por todo el campo y entonces el viento manso las cubrió con una capa fina de tierra.

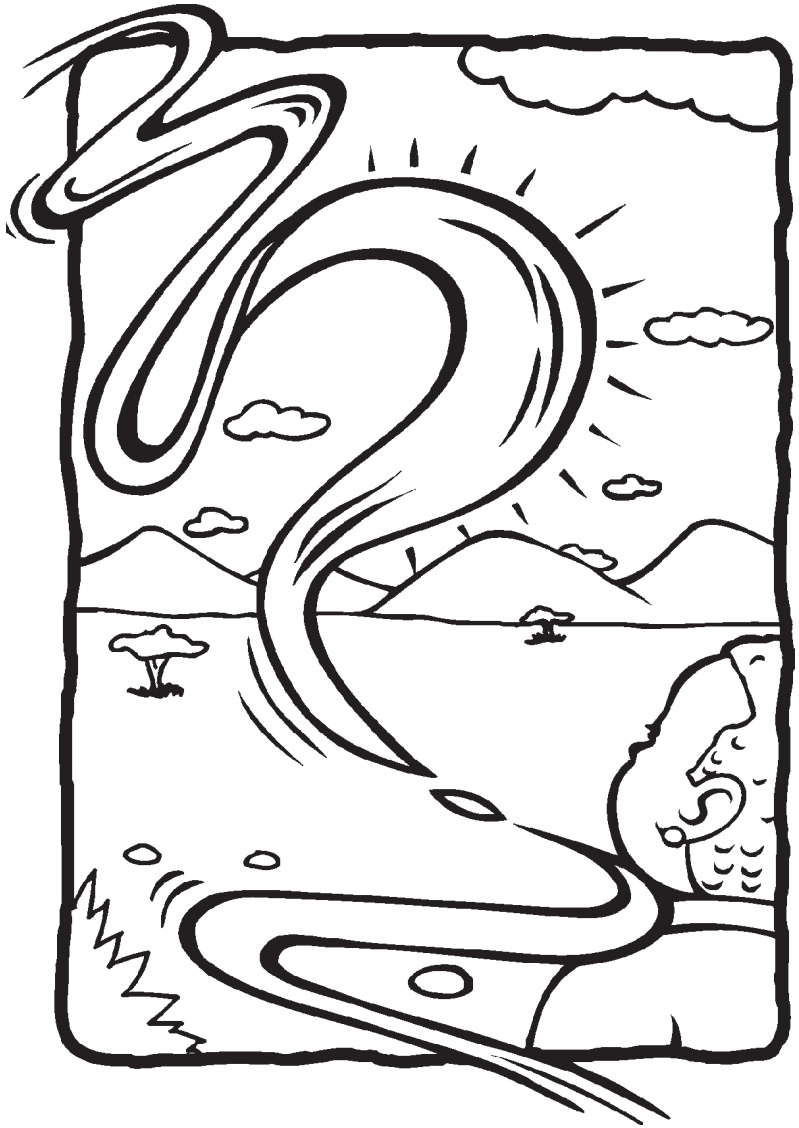


Taba no podía creer lo que veía. ¿Quién había oído de tal cosa como lluvia de semillas? Pero estaba pasando en realidad y todo el mundo estaba hablando de ello.

Esa noche un anillo extraño apareció alrededor de la luna y nubes ligeras empezaron a acercarse. En la mañana, cuando Taba despertó, una lluvia ligera había empezado a caer. Para eso del mediodía había penetrado en la tierra y alimentado a las semillas.

Como por magia, antes de que pasaran tres semanas, habían plantas creciendo por todas partes. Había maíz y guisantes. Había fresas dulces y hermosas ciruelas. Había trigo con que hacer harina para el pan. Había lechugas, zanahorias, pimientas y frijoles. Los cestos de todos estaban llenos de frutas y vegetales y los estómagos de todos estaban llenos. Las sonrisas regresaron a las caras de los aldeanos.

Con el tiempo, el Viento manso
de la Caridad concedió otros deseos
de Taba. Pero Taba nunca deseaba nada
para ella misma. Solamente deseaba
cosas para hacer feliz a los demás.



Un día el Viento de la Caridad preguntó:

—Taba, querida niña, y ¿qué de ti?
¿Qué deseo especial puedo concederte?

Taba solamente sonrió y dijo:

—Oh, pero ya me has dado todo lo que podía desear. La gente de Togo están bien cuidados. Están más felices que nunca y eso me hace la niña más feliz del mundo.

Y con eso, ella abrió sus brazos y abrazó al invisible Viento de la Caridad.